Elementos de Análisis para la Revaloración de la Producción Tradicional

Juan Carlos Patiño

*Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Ciencias Políticas y
Administración Pública-UAEM*

Resumen: Se analiza la viabilidad de las formas productivas tradicionales, haciendo particular énfasis en la etnorregión mazahua del Estado de México, y bajo la premisa de que un sistema productivo no subsiste si no contiene un grado de eficiencia suficiente para justificarse. Se pretende discutir y discernir algunos aspectos de la actividad económica que llevan a cabo ciertas comunidades indígenas, distinguiendo elementos que permitan un acercamiento hacia el rescate y revaloración de sistemas productivos vigentes que se oponen a proyectos de modernización propios de la cultura occidental. Se cuestionan las políticas oficiales orientadas hacia la "modernización" del campo, propiamente en las comunidades indígenas.

Abstract: *This paper analyzed the viability of traditional productive forms. The main premise is the fact that a traditional productive system could not subsist, if it does not contain a degree of efficiency that can justify its permanence inside general economic system. Particular emphasis is made on the ethic mazahua region of the state of Mexico.*

Introducción

El embate civilizador, de más de quinientos años, parece haber hecho mella en buena parte de los investigadores sociales, quienes han identificado la posición de los movimientos indígenas hacia los planes modernizadores, como la resistencia cultural al cambio y, precozmente, han circunscrito el así llamado problema indígena planteando como solución a la continuidad de la misma acción civilizadora.

La década pasada es particularmente ilustrativa en cuanto a la manifestación de agudas contradicciones provocadas por los experimentos desarrollistas que, en su afán de convertir al campesino indígena en próspero empresario, desplazaron y destruyeron formas productivas tradicionales en nombre de los más altos valores del sistema económico occidental: eficiencia, productividad y libre mercado. En estos términos, las distintas

opciones que plantea el “modelo modernizador” van desde transformar a la comunidad indígena en una empresa eficiente hasta la pretensión de abandonar a éstas a su suerte en condiciones de competencia del mercado capitalista que las obligue a ser rentables o, en su defecto, a convertir a los miembros de las comunidades en fuerza de trabajo asalariada, participantes de una acumulación originaria tardía. Se puede afirmar, en uno y otro caso, que los esfuerzos por transfigurar al indígena en demandante y/u oferente de bienes, a semejanza del granjero occidental, no sólo no es posible, sino que se trata de un propósito absurdo.

Si bien la internacionalización de la economía, particularmente en los marcos del modelo económico vigente, hacen necesaria una participación más activa y más competitiva de las unidades productivas en cuestión; en la economía regional, esto supone la generación de un excedente económico significativo y la accesibilidad de éstas a los mercados de bienes, de trabajo y de insumos.¹ En el caso específico de las comunidades indígenas, la cercanía y disponibilidad de espacios en los centros importantes de actividad económica para la realización de su producción y para el abastecimiento de los insumos necesarios se plantea como tarea de primer orden. No se ha sugerido la creación de mercados regionales que, en los marcos de la singularidad de la cultura indígena, correspondan a los sistemas de producción de estas comunidades como solución alternativa al desarrollo regional y como fuente de nuevas oportunidades para elevar la productividad agrícola consecuentemente, como opción para elevar el nivel de vida de sus miembros, pues serían —precisamente— las instituciones

---

1 Las comunidades indígenas han demostrado una capacidad admirable de subsistencia y conservación de su cultura a lo largo de la historia, historia íntimamente relacionada desde un principio con el desarrollo del capitalismo. Sin embargo, las formas de producción tradicionales, en esencia, se han mantenido; a pesar de los embates “modernizadores” y/o desarrollistas; si bien estas formas no constituyen un sistema o modo de producción autónomo y ajeno a la formación social capitalista, continúan vigentes como prácticas productivas muy difundidas en etnorregiones del estado de México, éstas conservan su lógica y naturaleza peculiar, pero adquieren un carácter de “enclaves” o modos de producción subordinados; en este sentido, su explicación pasa necesariamente por la comprensión del sistema económico capitalista desde una perspectiva global.

tradicionales indígenas, el derecho consuetudinario, los usos, costumbres y prácticas culturales, particularmente ético-religiosas, los que en última instancia condicionen y determinen las necesidades y posibilidades productivas de las comunidades. En todo caso, sólo el conocimiento y reconocimiento de estos contextos y del hecho de que cualquier integración de los sistemas productivos indígenas con el mercado capitalista exige la diferenciación de formas y niveles de integración, podrían permitir una utilización eficiente de apoyos técnicos y/o financieros.

De esta forma, los planes de desarrollo económico orientados hacia las comunidades indígenas —entendido éste como elemento no autónomo del desarrollo rural, sino como parte de él— han priorizado los modos y medios de tecnificación del campo, orientándolo y dimensionándolo no en los marcos de la diversidad cultural y étnica de los países y/o regiones, sino en los límites de una pretendida homogeneidad de patrones y bajo la premisa de la superioridad de las formas de organización productiva del sistema dominante. En efecto, se ha planteado la inserción de las comunidades a los mercados, en condiciones de globalización, a través de la modificación de la organización productiva comunal sobre la base de criterios y parámetros de eficiencia de la empresa capitalista, sin considerar las particularidades del contexto social, cultural y ecológico, en el que se desarrollan estas unidades productivas ni las potencialidades de su fuerza de trabajo.

La experiencia modernizadora del agro advierte que ésta ha sido no sólo insuficiente, sino que no es la adecuada para satisfacer necesidades cada vez mayores y solucionar problemas de productividad, de ingresos y de condiciones de vida; efectivamente, existen móviles de origen económico, político, además de ecológico y cultural, que afectan el “normal” desenvolvimiento de los planes de tecnificación agrícola. Este trance agravado por las actuales exigencias de un mercado globalizado que impone normas de conducta y condiciones en las cuales el campesino no tiene medios ni recursos suficientes para competir en igualdad de condiciones. En este tenor, el objetivo se plantea en la búsqueda de medios para competir en el mercado, olvidando así, el rescate del conocimiento de una sociedad distinta por esencia. En los hechos, esto se tradujo en la desestructuración cultural de las comunidades, en una nueva invasión de las fronteras culturales que separan la cosmovisión

eurocentrista de la autóctona. La mencionada posición argumenta el predominio de las formas de producción denominadas modernas sobre las tradicionales a partir de los criterios antes señalados; a pesar de que:

... esta modernización agropecuaria(...)también ha sido sinónimo de decremento en la eficiencia de la producción. De hecho, la producción de una unidad de producto agrícola, empleando el modelo importado, requiere, por lo menos, de una cantidad de energía seis veces mayor que la que gasta el modelo no mecanizado. Por otra parte, a partir de 1980 se ha reconocido también el alto costo ecológico de esta agricultura que depende, en alto grado, de insumos exógenos y que se manifiesta en fenómenos como: reducción de la biodiversidad ecológica, contaminación de los mantos freáticos, deforestación, erosión, desertificación (Reyes, 1994: 171).

Las nuevas tecnologías normalmente no se ajustan a las particularidades geográficas y menos aún a los usos y costumbres productivas de las comunidades en cuestión, pues la mera transmisión de información y conocimientos originados en contextos histórico-estructurales ajenos implican éxitos cortoplacistas y emergentes que pronto se ven rebasados por la estructura cultural y económica de las comunidades.

Al mismo tiempo, esta pretensión entraña una contradicción *per se*, en el sentido de que un sistema de producción (un sistema de producción agropecuario, en este caso) se justifica, subsiste y reproduce en tanto éste sea eficiente; es así, por ejemplo, que la subsistencia y/o vigencia del modo de producción esclavista es imposible en nuestra época fundamentalmente por ser ineficiente en el aspecto económico, al margen de todas las consideraciones morales y/o éticas que podamos tener al respecto. Sin embargo, las prácticas productivas tradicionales, así como sus tecnologías, en innumerables comunidades indígenas de Latinoamérica y particularmente en México, se conservan y reproducen indicando su viabilidad como medios para resolver múltiples problemas en la actividad productiva cotidiana de dichas comunidades. Evidentemente, sólo pueden ser la práctica social y el cimiento cognoscitivo autóctono los que han logrado cierto desarrollo técnico y un determinado nivel de bienestar de los individuos; estos elementos argumentan, acreditan y respaldan la función social y la eficiencia de estas formas productivas, que existen en la medida en que tienen la capacidad para satisfacer las necesidades productivas del campesino indígena o, por lo menos, una parte de ellas.

Esto último nos sitúa en el ámbito de la economía étnica, en tanto el análisis no rebase cierta frontera; pero deberemos acudir a otras categorías al ampliar el ámbito de investigación a las relaciones que se establecen en el contacto con los mercados y/o con otras formas de producción con las que interactúan, pues en este caso esta disciplina será insuficiente para abarcar todo el espectro fenomenológico. En el presente ensayo, que forma parte de un proyecto de investigación en curso sobre el desarrollo y aprovechamiento de las formas productivas tradicionales en la zona mazahua del Estado de México, una de las más deprimidas económicamente y, por tanto, con altos indicadores de pobreza en la entidad,² se pretende discutir y discernir algunos aspectos de la actividad económica que llevan a cabo algunas comunidades indígenas y distinguir los elementos que permitan un acercamiento hacia el rescate y revaloración de sistemas productivos vigentes que se oponen a proyectos de modernización propios de la cultura occidental, como alternativa de desarrollo, como cimiento de las sociedades agrarias de nuestros países y como instrumento idóneo para alcanzar mayores niveles de vida de la población. Desde esta perspectiva, por oposición no se entiende la negación de cualquier innovación exógena, más bien se trata de manifestar la negación dialéctica-interacción cultural de enriquecimiento mutuo y no de desestructuración.

La situación en que se han dado las denominadas innovaciones tecnológicas, ha sido en condición de subordinación y dependencia del campesinado y las tecnologías externas han afectado seriamente el equilibrio entre los recursos y la sociedad campesina. Los efectos saltan a la vista y no requieren de mayores comentarios (Rengifo y Köhler, 1989: 10).

Si se considera tomando como unidad de análisis la unidad productiva indígena—grupo doméstico indígena— que interactúa con otras similares en el espacio en el que se desarrollan las actividades económicas, sociales y culturales más relevantes, y donde se manifiestan de forma más clara las relaciones sociales de producción: la comunidad

... el grupo doméstico indígena es considerado como unidad reproductora tanto de relaciones económicas como de sociales, culturales y parentales que interactúan diariamente entre sí y con el entramado socio-cultural de la comunidad (Sandoval, 1996: 30).

Se plantea, para fines de este ensayo, dos ejes de reflexión a saber:

1. La práctica productiva de las comunidades indígenas como manifestación de cultura y del reconocimiento que las diferentes formas de producción no son sino otra expresión de la diversidad étnica y cultural. Asimismo, las unidades económicas cuentan con cierta capacidad de producción que puede o no generar excedente, y por tanto satisfacer o no todas las necesidades de consumo. Caracterizada, como es, la unidad productiva indígena, en tanto unidad con poca disponibilidad y limitado acceso a los medios de producción; el desarrollo de su organización productiva -de tipo familiar y, por tanto, altamente influida por los lazos de parentesco-, la utilización adecuada de la(s) tecnología(s) autóctona(s), así como de aprovechamiento por parte de los grupos domésticos, de los recursos y ventajas que brinda el entorno natural; pueden reducir los efectos negativos provocados por las insuficiencias de los medios de producción tanto o más que la introducción de tecnologías poco aceptadas y/o no conocidas por los pueblos indígenas.
2. Las relaciones de mercado, en primer lugar como expresión y manifestación del entorno económico-social dominante: del carácter y naturaleza de las relaciones capitalistas (propiedad, producción, distribución-apropiación del producto del trabajo, cambio y consumo), además de instrumento regulador de dichas relaciones. En segundo lugar, destaca que el mercado, en este caso, no sólo se presenta como el instituto en el que se lleva a cabo el intercambio de valores a causa de la imposibilidad de la autosuficiencia productiva de cualquier sociedad, sino que se descubre como instrumento integrador de las unidades productivas y de las comunidades en conjunto, así como medio de conservación e intercambio recíproco de conocimiento. Las comunidades indígenas son sistemas suficientemente abiertos para que el mercado no les sea ajeno, además, éste forma parte de su tradición cultural desde épocas precolombinas; tradición y vínculo que todavía subsiste a pesar de la distancia que separa la

concepción occidental de la indígena y de la influencia del primero sobre el segundo. La diferencia reside en que el mercado para las unidades indígenas constituye y actúa, por lo general, como regulador que permite conservar la igualdad entre ellas y sus miembros a partir del cambio de valores de uso, a diferencia de la competencia occidental que tiende a acentuar las desigualdades, donde las transacciones de valores de cambio juegan un rol fundamental.

Estos dos ejes permitirán identificar los grados de asimilación e hibridación de los sistemas productivos indígenas, así como su influencia en la toma de decisiones en torno a las políticas económicas, sociales, laborales y ambientales, en la perspectiva de la adopción de políticas de desarrollo sustentable.

Elementos críticos en el tratamiento de las unidades productivas indígena-campesinas

Antecedentes

La realidad económica latinoamericana y su presente histórico han puesto de manifiesto la agudización de ciertas contradicciones estructurales, propias del sistema capitalista y también de otras particulares, producto lógico de la actual etapa de desarrollo del mismo y de su proyecto globalizador que enfrenta e ignora la realidad cultural de los pueblos indios. Por otra parte, ha demostrado que el mercado por sí mismo no es capaz de solucionar las graves disfuncionalidades y desequilibrios que bajo ciertas condiciones promueve el modo de producción dominante, particularmente en lo que se refiere a la apropiación y distribución del producto del trabajo, creando brechas insalvables de pobreza y riqueza entre diferentes grupos sociales, distintos ya no sólo por su cultura, religión, idioma, estrategias de subsistencia, reproducción y/o prácticas productivas, sino además por sus niveles de ingreso y perspectivas de desarrollo. No se han podido encontrar formas idóneas de integración efectiva y competitiva de los productos agropecuarios y manufacturados procedentes de las comunidades indígenas al mercado interno y externo. Los diferentes esfuerzos por tecnificar el campo, al margen de cualquier consideración política que de esto pudiera derivar, han soslayado tres elementos, en nuestro criterio, fundamentales para cualquier consideración de desarrollo

del agro: la ley del desarrollo desigual del capitalismo que implica la agudización de la contradicción entre la ciudad y el campo, el intercambio desigual de mercancías "... el campesino da a cambio muchas más horas de trabajo representadas las mercancías que vende, en comparación a las que recibe " (Romeu, 1994: 84), y la diferenciación de las sociedades rurales a partir de factores extraeconómicos culturales que, sin embargo, identifican y caracterizan las relaciones sociales de una comunidad. Sólo en la medida que sean comprendidos todos estos factores económicos, políticos, sociales y culturales, en su unidad —el todo social— es posible intentar una explicación y/o pretender una transformación estructural de economías esencialmente de subsistencia.³

Los procesos institucionales, que frente a la crisis de todo orden, se han generado en los últimos años y se han reflejado en políticas gubernamentales, orientadas a favorecer la elevación de la productividad y del nivel de vida de las comunidades indígenas, resultaron eficientes en cuanto al manejo de tecnologías emergentes, dispuestas para menguar las consecuencias de los desequilibrios macroeconómicos y/o acontecimientos extraordinarios (sequías, inundaciones y otros desastres naturales), es decir, para subsanar situaciones también emergentes; pero incapaces de crear y construir opciones de desarrollo endógeno, a partir de una participación conjunta de funcionarios técnicos gubernamentales y miembros especialistas de las comunidades.

De la misma forma, los estudios oficiales acerca de las formas y relaciones de producción en regiones de alta concentración indígena no son abundantes, y la mayor parte de ellos se concentran en el estudio de la situación y las perspectivas de algún cultivo tradicional, bajo el supuesto de invariabilidad de los demás factores (*Cæteris*

---

3 Es habitual tipificar a las comunidades indígenas como economías de subsistencia, al margen de los problemas de carácter semántico que podrían existir (las lenguas indígenas no contienen una palabra que reflejen a cabalidad los conceptos utilizados en la ciencia económica occidental), se ignora la lógica y dinámica propia de las actividades productivas de estas unidades; la experiencia en trabajo de campo demuestra que esta tipificación no siempre es la más acertada, de otra manera no se explicaría que en regiones con importante presencia indígena sean precisamente ellos quienes satisfacen, en buena parte, la demanda alimentaria de la zona.

paribus), siendo así, que la práctica productiva de las comunidades corresponde no sólo al sector agropecuario

... su meta es asegurar un modo de vida para ellos mismos y sus familias, y para obtenerlo lo hacen, normalmente, siguiendo diferentes actividades productivas, de las cuales solo algunas involucran lo agrícola y lo pecuario... en realidad, las familias rurales deciden los objetivos de los modos de vida y después determinan la mezcla óptima de actividades, según las circunstancias sociales y ambientales, al igual que las destrezas y los recursos a su disposición (Conway y Barbier, 1990).

Por otra parte, estas prácticas están condicionadas e interactúan con factores supraestructurales, tales como los marcos jurídico-culturales, cuya dinámica, necesariamente influye en el desarrollo de las formas productivas.

Dos elementos de crítica

Detectamos e identificamos algunos rasgos importantes de programas destinados a la “modernización” del agro mexicano y latinoamericano, que es posible cuestionarlos bajo los criterios:

1. Preferencia por los contactos y el acercamiento al individuo y no a la comunidad.

Las comunidades campesinas indígenas sustentan, protegen y fortalecen su estructura social de naturaleza colectiva a través de la conservación de la familia, que además garantiza la subsistencia de la propia comunidad y ésta, a su vez, la pervivencia de la primera.

Las familias indígenas se caracterizan por su organización económica cuya base de sustentación en la mayoría de los casos está constituida por la comunidad agraria. Este tipo de familia se halla en comunidades rurales siendo característico en ellas que para reproducirse tienen necesariamente que producir y consumir no sólo productos en su sentido restringido, sino también medios de vida en su sentido amplio, incluyendo los de naturaleza cultural y simbólica (Sandoval, 1996: 15).

Los miembros jóvenes de la comunidad son instruidos en el conocimiento, practican y adquieren experiencia agrícola, pecuaria o de otra naturaleza, habitualmente a través de la observación, de la enseñanza o transmisión oral de los conocimientos de padres a hijos y de la reproducción empírica de éstos al interior del seno de la familia; sin embargo, no exclusivamente ni necesariamente de esta manera. La comunidad es propietaria del conocimiento tecnológico, siendo el referente cognoscitivo de ellas, por lo que el consentimiento del colectivo, en el proceso de instrucción-

aprendizaje es esencial en la reproducción y difusión de este conocimiento, sin que esto signifique que los grupos domésticos carezcan de tecnologías propias. Así, los procedimientos administrativos de fuerza de trabajo y medios de producción se presentarán tanto en forma de conocimiento comunal (uso de la tierra, sistemas de riego, etc.) como familiar, en dependencia de la magnitud de bienes a administrar y/o a las particularidades de cada colectivo. Por otra parte, el proceso instrucción-aprendizaje en los dos ámbitos cumple con la función socializadora que permite sancionar, avalar la conservación de la cultura, la continuidad y mantenimiento del acervo de conocimientos técnicos de la sociedad en cuestión, así como permitirá concretar la capacidad de adecuación a la realidad determinada por la formación socioeconómica dominante.

Lo anterior, nos permite concluir que el aprovechamiento y revaloración de las formas productivas tradicionales y su ulterior desarrollo es posible sólo en la medida en que este proceso sea fundamentalmente endógeno con una amplia intervención y la adhesión activa de los grupos domésticos y de la comunidad en su conjunto; así, la perspectiva liberal-individualista no cabe en el rescate y/o aprovechamiento de la producción tradicional.

2. El aprovechamiento de las formas productivas tradicionales no son sólo elementos culturales para preservarlos, sino instrumentos útiles para desarrollarlos.

La exaltación de nuestro pasado no tiene nada que hacer con nuestra práctica cotidiana y usualmente sólo sirve como mecanismo de refugio cuando nuestra identidad se halla golpeada. Estamos poco preparados para servirnos de ella como fuente de ideas para construir nuestro propio desarrollo (Rengifo y Köhler, 1989: 20).

La sentencia anterior y los antecedentes ya mencionados permiten comprender que la revaloración de formas de producción tradicional en comunidades indígenas no es un fin o un objetivo en sí y de por sí, porque no se trata del rescate de una danza o de una obra arquitectónica milenaria, pues en tal caso tendríamos enfrente una labor arqueológica. Partimos de la necesidad del rescate como medio para solucionar problemas concretos, en sociedades específicas que realizan una actividad productiva bajo la presión de un entorno económico. Esta posibilidad adquiere vigencia bajo la premisa de la aceptación de que las comunidades campesino-

indígenas son capaces de generar alternativas originadas y fundamentadas en su propia cultura. Carecería de sentido no aprovechar estos conocimientos para la satisfacción de las necesidades familiares y comunales de los campesinos; del mismo modo, no sería suficiente -en el largo plazo- plantearse ese solo objetivo, desestimando la tecnología autóctona como proyecto alternativo o, por lo menos, el complemento necesario, para un desarrollo sustentable y sostenido de la agricultura de todo el país.

Lo que conviene saber y debatir es el papel que ellas debieran jugar en un proyecto autónomo de desarrollo nacional, pues en la actualidad no existe consenso sobre el tema, habiendo quienes argumentan que fueron viables en otro contexto, pero que en la actualidad deberían asumir mas bien un papel subordinado respecto a las tecnologías llamadas modernas (Rengifo y Köhler, 1989: 32).

Probablemente, lo inmediato reside en el acercamiento de técnicos e investigadores hacia las formas de producción tradicionales —criticadas pero poco exploradas—, aprender del campesino como medio para acercarnos a los verdaderos problemas planteados por las comunidades indígenas. Se trata de que las acciones institucionales orientadas a impulsar el desarrollo económico de las regiones indígenas partan del respeto a la dinámica cultural de los pueblos indios.

La correspondencia entre cultura y producción

A. Cosmovisión indígena, reproducción cultural y productiva

Se hace necesario reconocer y afrontar la existencia de la diversidad en las formas de producción, como manifestación de la diversidad étnica y cultural. La organización de la producción, la gestión y la estructura distributiva y de apropiación del excedente, no coinciden ni con las formas tradicionales ni con las más modernas del modo de producción capitalistas, sin que esto suponga aceptar la superioridad organizativa y/o productiva de la una o la otra; "... se puede decir, por otra parte, que existen formas de sociedad muy desarrolladas, pero históricamente inmaduras, en las cuales tienen lugar las formas más elevadas de la economía ..." (Marx, 1953: 23).

Los sistemas productivos constituyen un valor de singular trascendencia en la actividad social de los miembros de cualquier comunidad, en la vida y desarrollo de las mismas, ya que estas

formas manifiestan imágenes que los identifican y los hacen diferentes haciendo parte de su identidad, así como representan un medio de relacionamiento social por excelencia; garantizan la supervivencia y reproducción de la cultura de la cual son portadores, pues al margen de las diferencias y las capacidades de los individuos para llevar adelante el proceso productivo y transmitirlo a las nuevas generaciones, la práctica demuestra que este tipo de conocimiento es social.

Se trata de caracterizar culturalmente a las sociedades rurales, es decir, de reconstruir conceptualmente la totalidad, para identificar, en cada caso, el elemento articulador cuya transformación implica, necesariamente, la transformación de la red de relaciones del conjunto de elementos que integran la estructura y la transformación de las relaciones que la estructura tiene con el todo social (Turok, 1988: 309).

Admitiendo esta premisa es posible ubicar a las formas productivas dentro de un medio y en relación con un entorno determinado que perfila sus propios contornos frente a una heterogeneidad cultural con la que puede o no coexistir dentro de un mismo territorio, además de aceptar que la producción, en tanto fenómeno cultural, es tan diversa como las culturas existentes en el planeta.

Abordar el estudio de las formas de producción tradicionales a partir de paradigmas teóricos occidentales, de por sí entraña un conflicto en la evaluación de las características y naturaleza propias de la economía indígena -si acaso cabe el término para explicar la actividad productiva de estas comunidades-, pues la comprensión, asimilación y valoración de los fenómenos, así como la lógica productiva, son cualitativamente diferentes en uno y otro caso. La conformación de la cosmovisión occidental e indígena determinan por sí mismas la percepción del quehacer económico y la ética del trabajo en ambas culturas, la cual se distingue, explica y justifica en los mitos cosmogónicos de la tradición judeo-cristiana, contenida en la Biblia, del “Dios-hombre hacedor y propietario” europeo por un lado, *versus* el “hombre-hermano de la divinidad” en el mito indígena (Kusch, 1972).

La lógica occidental a tiempo de privilegiar el trabajo eficiente y productivo “a imagen y semejanza” del Dios bíblico: “Y vio Dios que todo lo hecho era bueno” (Génesis., Cap. I), sanciona el derecho propietario del producto del trabajo favoreciendo la producción de valores de cambio y anteponiendo los mecanismos “naturales” de

las leyes del mercado ante cualquier jerarquía. Esta relación, tanto económica como de poder, trabajo-valor de cambio es manifiesta no sólo en los teóricos liberales, sino particularmente en K. Marx (1953), quien descubre en la mercancía la unidad elemental del sistema capitalista haciéndola extensible a la fuerza de trabajo.

El advenimiento de la sociedad capitalista deja al hombre como dueño y señor absoluto de los bienes, y con la capacidad de crear más bienes con los medios que por derecho originario le pertenecen: "Y echóles Dios su bendición, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y enseñoreaos de ella y dominad a los peces del mar, y a las aves del cielo y a todos los animales que se mueven sobre la tierra" (Génesis, 1: 28).

La producción desde el concepto occidental se justifica y legitima a partir de la relación de dominio del hombre sobre el medio natural, no de convivencia con éste, sino del uso y control de éste, anteponiendo la relación individual con los medios en los marcos del mercado. No es casual que el Liberalismo de los primeros años de la Independencia latinoamericana intentara por todos los medios terminar con las tierras comunales para sustituirlas por un régimen de propiedad privada individual, convencido, desde su lógica, en la necesidad de esta medida. La resistencia indígena, ante tales propósitos, fue unánimemente interpretada como señal de rechazo a la marcha del progreso civilizador por parte de sociedades en estado de barbarie.⁴

Las formas y sistemas de producción tradicional indígena, distintas y ajenas a la lógica occidental, pero dotadas de una racionalidad propia producto de una cosmovisión también diferente, se conjugan en la producción de valores de uso, a partir de una relación trabajo-consumo y en la manifestación de valores ético-religiosos que otorgan la dimensión simbólica al quehacer productivo, como elemento imprescindible para la conclusión exitosa de sus labores; fuerza de trabajo, medios de producción, producto del trabajo y comunidad, se comprenden sólo en su unidad,

---

4 Al respecto, F. Engels en su conocido trabajo *El origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, no tiene duda en ubicar a la civilización andina en el estado medio de barbarie.

siendo el fin último de la labor productiva la satisfacción colectiva e individual de las necesidades en los marcos de sus tradiciones.

Estos símbolos prefigurativos de los ritos de producción —sean objetos plásticos, sean juegos dramatizados— constituyen una súplica más concreta, duradera y eficiente (los símbolos prefigurativos imitan su finalidad... los símbolos del ritual de la producción son como la semilla vitalizante del proyecto laboral y de su fruto; son como el comienzo concreto de su realización exitosa. Demás está decir, que con el ritual comienza la labor productiva(...)) la tecnología simbólica forma parte esencial de su saber bien producir, digamos: de su tecnología(...) el amplio ritual de producción ... tiene efectos positivos muy notorios, tanto para el buen funcionamiento del sistema de tecnología como también para el sistema económico... (Van Den Berg y Schiffers, 1992: 203).

Esta cosmovisión testimoniada en su religión, costumbres y tradiciones, adjudicará un alcance más intenso al proceso productivo, racionalidad traducida en la comprensión de una forma de vida y del medio que trasciende a la natural correspondencia y reciprocidad de los individuos, manifiestas en el ambiente simbólico, proponiendo un enlace entre la realidad y los valores ético-laborales que forman parte importante del conocimiento y cultura de la comunidad, de un discurso económico-tecnológico particular de segmentos importantes de la población de México y América Latina.

La cosmovisión holística (...) tiene su mejor expresión en el hecho de que la fuerza de trabajo, suelo, agua, cultivos, crianzas, clima, paisaje, no se conciben ni existen el uno separado del otro, sino tan solo en su interrelación múltiple cuya síntesis es la actividad agropecuaria (Rengifo y Köhler, 1989: 34).

B. El “Pecado Original” de las políticas agrarias en comunidades indígenas

Sociedades predispuestas a considerar el conocimiento difundido en Occidente, como sinónimo de progreso generan la incompreensión de la cultura propia, creando rigidez desde una parte de la frontera cultural y vulnerabilidad en la segunda, pues es común contraponer el conocimiento tradicional indígena al conocimiento “oficial-moderno” con clara desventaja para el primero, sin reflejarse, por tanto, en acciones del poder público, tendientes a aceptar a la comunidad india, no sólo como unidad productiva receptora de tecnología, sino también como generadora de ésta, de alternativas y estrategias de desarrollo comunal, regional y nacional, viables,

susceptibles de ser aprovechadas como formas de producción económicamente realizables, basadas en una explotación racional y ecológicamente respetuosa de los recursos naturales, en el entendido de que en la cultura tradicional es característico el profundo conocimiento de la naturaleza, expresados en sus usos y costumbres que destacan la relación íntima del indígena y su medio y se manifiestan, también, en sus diferentes actividades productivas.

En general, quienes argumentan el predominio de las denominadas tecnologías modernas (en boga hace décadas en los países denominados desarrollados sobre las tradicionales) basan su razonamiento en la eficiencia que tienen las primeras respecto a las segundas en términos de eficacia, velocidad, productividad y economía.

Velocidad, eficiencia y economía para el caso de las variedades milagrosas, el tractor y los fertilizantes, resultan a estas alturas más argumentos ideológicos que verdades tangibles. La importación de insumos para la agricultura sigue siendo un rubro de importancia en balanza de pagos. La tecnología importada resulta poco adecuada para una agricultura en ladera y predominantemente de secano. Su eficiencia y velocidad cortoplacistas, no duraderas, y si más bien desestructuradoras cultural y ecológicamente, además que incrementan la deuda del país (Rengifo y Kholer, 1989: 9).

Este problema tampoco ha sido abordado por los investigadores, a partir de una consideración fenomenológica de una práctica cultural, de la observación del rito de la producción por medio del cual se ordena la actividad social, cultural y económica de las unidades familiares y de la comunidad en su conjunto. Lo anterior, ha redundado en que el estudio sobre el área de conocimiento, generalmente monodisciplinario, y en un ambiente determinado, no se haya plasmado en las políticas económicas, sociales y laborales, que respeten las tradiciones, usos y costumbres productivas de las etnias en los diferentes países latinoamericanos.

El análisis de la lógica productiva de las comunidades indígenas, como manifestación cultural, exige que sea abordado desde una perspectiva multi e interdisciplinaria, atendiendo y entendiendo que esta manifestación evoluciona a partir de sucesivas adaptaciones y ajustes, asimilándose y asimilando elementos de la cultura y ciertas formas y medios de producción del sistema dominante, en la medida en que estos elementos exógenos hayan podido ser incorporados.

Entendido así, la forma de producción familiar indígena, no depende para su supervivencia o destrucción, de sí misma o de sus "enemigos", sino de las necesidades concretas y de las posibilidades reales como región. En este sentido, la lógica del proceso de descampesinización se produce en sintonía

con la región y con el contexto histórico en que se encuentre (Sandoval, 1994: 36).

Estos cambios culturales en el plano económico:

...repercuten de forma directa en los sistemas de producción influidos por las continuas innovaciones tecnológicas, pero no son condicionantes inmediatos de las variaciones en los sistemas de distribución cuyas raíces sociológicas son muy profundas. El resultado es una mayor elasticidad en las variaciones del producto que en su distribución; circunstancia que ... puede considerarse ventajosa puesto que los aumentos de producción son condición previa para la elevación de las rentas personales (Folchi Verdú, 1992: 289).

En este sentido, la conversión de las formas de producción indígenas en unidades de alta productividad no significa solamente la introducción de una tecnología específica en busca de solución a problemas técnicos, sino supone la comprensión de la estructura interna del sistema y de la influencia del entorno. Es de destacar que los esfuerzos por “modernizar” la producción de las comunidades indígenas fracasaron, en el mejor de los casos, cuando no redundaron en efectos negativos para los sistemas de cultivo tradicionales y, consecuentemente, para los volúmenes de producción. Sin embargo, es posible afirmar que el mayor daño consiste en la desestructuración y deformación de la cultura indígena, a raíz del desconocimiento del sistema productivo que se pretende reformar o modernizar a través de estrategias uniformizantes en contextos de tiempo, espacio y cultura diferentes.

De esta manera, el desarrollo económico de las comunidades indígenas, entendido como elemento no autónomo del desarrollo rural sino como parte de él, ha priorizado los modos y medios de tecnificación del campo, orientándolo y dimensionándolo no en los marcos de la diversidad cultural y étnica de los países, sino en los límites de una pretendida homogeneidad y superioridad de las formas de organización de la producción del sistema dominante.

En efecto, se ha planteado la inserción de las comunidades a los mercados, en condiciones de globalización, a través de la modificación de la organización productiva comunal con base en los criterios y parámetros de eficiencia de la empresa capitalista, sin considerar las particularidades del contexto sociocultural y ecológico en el que se desarrollan estas unidades productivas, ni las potencialidades de su fuerza de trabajo. Por otra parte, el concepto de desarrollo tropieza con la frontera cosmogónica de cuáles deben

ser las prioridades, ¿“... adquirir conocimientos y tener acceso a los recursos necesarios para lograr un nivel de vida decente...”, como nos “ilustra” la ONU a nombre de todas las naciones?, o más bien dar cuenta de la experiencia y capacidad históricas para resolver eficientemente los problemas de los pueblos indios. Las formas de producción tradicional campesinas están allí, funcionan y no desaparecen, justificándose en la práctica cotidiana de las comunidades rurales.

Afirmamos que el desarrollo integral de las comunidades indígenas pasa, necesariamente, por figura de la autonomía que recupere, rehabilite y renueve su cultura, tradición y orgullo nacional, dirigido e inspirado en sus propios valores, que rescate su sistema productivo tradicional como fundamento del desarrollo económico de la comunidad. Enfatizamos en el carácter regional y autónomo de estos procesos, en el entendido de que:

... la lógica de la producción familiar indígena debe verse a partir de regiones (...), ya que (...) las formas de reproducción son diferentes en el norte que en el sur de México, por ejemplo. Además, éstas dependen de los patrones culturales existentes en cada comunidad, los cuales determinan la forma de reproducción de la familia indígena, las estrategias de sobrevivencia de las redes de convivencia, el parentesco y la identidad social y cultural como elementos explicativos más amplios de todo un contexto permeado por relaciones familiares a nivel del hogar y de la comunidad (Sandoval, 1994: 36).

Conclusiones

El análisis de las formas tradicionales de producción indígena y la organización socioeconómica de las unidades productivas en diferentes regiones de América Latina, y particularmente en México, pasa por el establecimiento del rol y la función de las culturas étnicas en el desarrollo económico de las comunidades, de la región y del país, a partir de la recuperación de la identidad histórica y cultural de los pueblos indios.

La comprensión y la aceptación de factores acerca de estrategias y oportunidades de las formas de producción indígenas, en tanto manifestación y expresión cultural, exige reconocer que el fenómeno cultural condiciona las formas y tecnologías productivas, correspondiendo cada sistema productivo a una determinada cultura. Asimismo, estas estrategias sólo pueden ser diseñadas y reproducidas a partir de un condicionamiento endógeno de las

economías indígenas (costumbres, usos y tradiciones productivas), pero en dependencia también del grado de permeabilidad a factores que impone la formación social capitalista.

Los factores socioeconómicos, culturales y jurídicos negativos que afectan y/o impiden el acceso de las economías indígenas a los mercados de bienes, insumos y trabajo, así como el bajo grado de integración a éstos, es posible atribuirlos al desconocimiento del sistema productivo de los pueblos indígenas y a su ética productiva-laboral, caracterizada por una particular relación del hombre con su medio natural, e incomprensible, *ab origine*, por la lógica occidental. De esta forma, sólo el aprendizaje y asimilación por parte de investigadores, funcionarios y técnicos, de la realidad cultural indígena-campesina, hará posible una alternativa viable de desarrollo y no así lo contrario (asimilación por parte del indígena del conocimiento occidental), que es práctica común en los últimos años.

Las tecnologías indígenas son, económicamente, las más adecuadas, además de haber sido justificadas históricamente, en el entendido de que gozan de una racionalidad productiva propia en las comunidades, cuya particularidad se expresa en la producción de valores de uso, en un sistema de producción familiar y comunal, y dentro de un entorno étnico-cultural de la producción. En este sentido, el problema no reside en suplirlas, sino en impulsarlas.

La reproducción, expansión y difusión de las prácticas tradicionales de producción en las comunidades indígenas, exigen la dotación de un marco jurídico idóneo, que puede ser la figura de la autonomía de los pueblos indios, de tal forma que sea el derecho étnico-consuetudinario el que regule el desarrollo económico y social de las comunidades, atendiendo a sus usos y costumbres tradicionales.

Bibliografía

- Appendini, K. *et al*, (1985), *El campesinado en México. Dos perspectivas de análisis*, México: El Colegio de México.
- Bartra, A. (1992), "Diecisiete tesis en torno a la autogestión en sistemas rurales de abasto", en Hewitt, C. (comp.), *Reestructuración económica y subsistencia rural*, México: El Colegio de México.
- CEPAL (s/f), *Economía campesina y agricultura empresarial*, México: Siglo veintiuno editores.
- Conway, G. y Barbier, V. (1990), *After the green revolution*, Earthscan.

*Elementos de Análisis para la Revaloración
de la Producción Tradicional*

- Foster, G. (1964), *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Kusch, Rodolfo (1972), "Interpretación de las religiones nativas", en *Religiones nativas y religión cristiana*, Oruro.
- Harris, O. (1987), *Economía étnica*, La Paz: Hisbol.
- Lenin, V. I. (1980), *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú: Politizdat [en idioma original].
- Martínez, M. y T. Rendón (1982), *Algunas estrategias de reproducción de las unidades domésticas campesinas*, México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Marx, K. (1953), *Gründisse der kritik der politischen ökonomie*, Berlin: Dietz Verlag.
- _____ (1975), *El capital*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Rengifo G. y Kohler A. (comp.) (1989), *Revalorización de las tecnologías campesinas indígenas*, La Paz: Hisbol - PRATEC.
- Reyes, G. (1994), "Modificación de las propiedades edáficas en los sistemas de producción campesinos del municipio de San Felipe del Progreso", en *Memorias del Primer Congreso Nacional e Internacional en Sistemas de Producción Agropecuarios*, Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Romeu, S.M. (1994), *El procesamiento de la raíz de zacatón entre los mazahuas*, Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura.
- _____ (1975), *Sagrada Biblia*, Barcelona: Editorial Herder.
- Sandoval F., E. (1994), *Familia indígena y unidad doméstica. Los otomíes del Estado de México*, México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- _____ (1996), *Sociología poblacional de la etnorregión mazahua, estado de México 1990 - 1994*, Tesis de doctorado en sociología, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Schumacher E., F. (1974), *Small is beautiful: a study of economics as if people mattered*, Abacus: Editorial published by penguin group.
- Turok, M. (1988), "Alternativas de sobrevivencia, identidad cultural y sobrevivencia campesina", en *Las sociedades rurales hoy*, Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Vergopoulos, K. (1979), "El papel de la agricultura familiar en el capitalismo contemporáneo", en *Cuadernos Agrarios*, núm. 9, México.
- Van Den Berg, H. y Schiffers, N. (1992), *La cosmovisión aymará*, La Paz: Hisbol - UCB.
- Woodgate G., R. (1992), *The political ecology of livelihood systems in an upland agroecosystem in the central highlands of México*, PhD thesis, Wye College-University of London.

Tabla 1

INDICADORES DE MARGINACIÓN Y POBREZA EN LOS MUNICIPIOS
DEL ESTADO DE MÉXICO CON PRESENCIA MAZAHUA

Municipio	P.T.	T.H.L.I	I < 2 s.m.	A > 15 a.	P s/pt	V. s/dm.	V. s/agua	V. s/e.e.	V. c/hac.	V. c/pt.	Índice
Almoloya de Juárez	84,147	794	72.73	21.48	55.23	71.31	43.78	23.85	69.62	43.29	0.2100
Atlacotlilco	53,067	11,862	64.06	19.55	44.51	50.01	15.33	9.19	64.53	24.75	-0.5590
Donato Guerra	21,510	4,246	69.70	34.60	71.56	70.21	56.51	48.97	74.74	59.59	0.8590
Ixtapan del oro	5,880	133	82.30	27.79	66.82	75.11	37.38	61.89	79.96	44.26	0.7700
Ixtlahuaca	88,545	20,627	75.49	25.71	53.07	68.66	30.18	18.51	69.90	42.11	0.1130
Jiquipilco	44,012	7,308	74.00	26.55	57.89	64.69	26.73	16.18	64.40	32.99	0.0160
Jocotitlán	39,077	2,041	74.91	16.22	44.99	57.49	23.11	10.71	65.58	20.07	-0.3600
El Oro	25,490	5,011	69.47	21.75	52.08	62.86	34.62	18.53	63.96	37.67	-0.0170
San Felipe del Progreso	140,834	46,349	70.73	35.12	73.33	82.20	69.71	37.47	76.57	42.59	0.9190
Temascalcingo	51,269	15,568	71.14	26.59	60.39	70.49	28.44	12.14	70.11	36.06	0.0810
Valle de Bravo	36,135	358	57.16	16.36	44.03	31.64	18.73	15.55	62.07	24.13	-0.8730
Valle de Allende	28,743	1,112	70.22	28.83	67.11	75.34	56.19	47.53	74.60	33.33	0.6560
Villa Victoria	58,566	5,305	73.66	35.39	71.83	82.02	71.14	45.74	75.83	50.46	1.0270

Fuente: Elaboración propia en base a los datos del CEDEMUN

- P.T. - Población total del municipio
T.H.L.I - Total de habitantes hablantes de lengua indígena
I < 2 s.m. - Población ocupada con ingresos menores a 2 salarios mínimos
A > 15 a. - Analfabetas mayores de 15 años
P s/pt - Población sin primaria terminada
Índice - Índice de marginación CONAPO
- V. s/dm. - Viviendas sin drenaje
V. s/agua - Viviendas sin agua embudada
V. s/e.e. - Viviendas sin energía eléctrica
V. c/hac. - Viviendas con hacinamiento
V. c/pt. - Viviendas con piso de tierra